

'LA VIDA LITERARIA'

PERIODICO INDEPENDIENTE **CRITICA Y INFORMACION BIBLIOGRAFICA** PRECIO: 10 CENTAVOS

Dirección: Rivera Indarte 1030
Las colaboraciones son solicitadas por la dirección. No se devuelven los originales. Ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.
PORTE PAGADO (No. 1743) BUENOS AIRES, MARZO 1932 AÑO V - NUMERO 9 (40)

Significación de Goethe por Leopoldo Lugones

Hay en la historia, como en la geología, épocas de gigantes; y considerando la expresión humana de la vitalidad extremada así, en la belleza y el dominio, los hombres de esa talla moral suelen ser guerreros y artistas. Es lo que se ve, por ejemplo, desde que la civilización cristiana llega a la plenitud, en los siglos XIII, XVI y XIX.

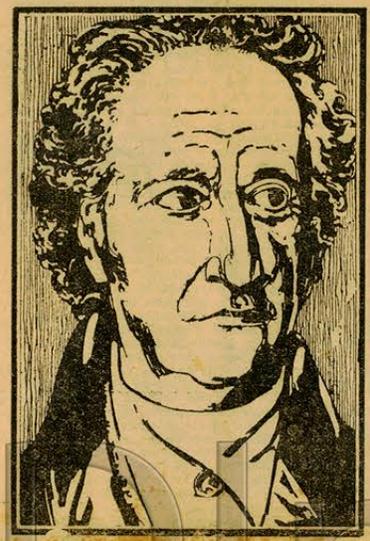
La potencia vital es en el hombre creación y conquista. Así, respectivamente, desde el engendro del hijo hasta la obra de arte, y desde la presa del cazador hasta la gloria del triunfo. Manifestación de amor es el arte, por la doble razón de que sólo amando se crea, y de que únicamente la vida engendra vida. ¿Y por qué llama, entonces, creación a la obra de arte? Pues, porque realiza la belleza, cosa viviente sin motivo, como no sea el mismo de vivir, a diferencia de la certidumbre y de la verdad, que teniendo por fin la satisfacción de la inteligencia, son resultados y no creaciones: vale decir demostración de postulados, coordinación de fenómenos y conformidad de la mente con el conocimiento. O en otros términos, exactitud matemática, verificación y revelación.

Ahora bien, aquel objeto de la vida que es sencillamente vivir, resulta el principal, ya que a todos los precede y determina: *primum vivere*, según dice la máxima. Por otra parte, la belleza, como la vida, puesto que vida es, lleva en sí su objeto y sintetiza los arquetipos de la triada platónica. Su verdad consiste en existir y su bondad en la dicha que infunde. No es, pues, vida tan sólo, sino vida benéfica y forma de verdad semejante a la revelación. Por esto dice el Verbo encarnado que es luz, verdad y vida, y así se conciliaron el platonismo y el Evangelio.

No necesita discusión ni prueba la verdad de la vida, porque es evidencia en sí. Ni las requiere el bien de la belleza, porque es impresión directa de la sensibilidad, o no existe. La crítica y la estética, o filosofía de la belleza, son descripciones de este fenómeno natural, pero no métodos para producirlo, porque esta facultad es don nativo, como el de engendrar y concebir que estudia a su vez la fisiología. Pero el arte es fenómeno de vida superior, porque no se reduce a función del instinto ciego como la actividad reproductora, sino que sintetiza con la misma intensidad los poderes de la mente y la conciencia.

Cuando decimos, pues, que el objeto de la vida es vivirla, o damos a la vida la significación de una obra de arte, o la rebajamos a un placer animal, bestial. Aquello, es decir lo único aceptable para la dignidad misma de vivir, fué el concepto fundamental de la civilización antigua; y por esto corresponde llamarla también civilización estética. Su propósito fué la idealización de la realidad sobre prototipos de belleza representados por sus números. La civilización ética que la sucedió, propúsose, al contrario, la realización de su ideal estético. Era, sin duda, un fin más puro y heroico, pero menos humano por lo mismo, y que nunca se alcanzó fuera de algunos casos individuales. Hubo que buscar, pues, desde el principio, la conciliación que en el dominio teológico lograron los platonistas de Alejandría, y en el político y social las síntesis ca.

(Continúa en la pág. 79)



Goethe, por Hohmann

5ª. Elegía Romana de Goethe

Ahora, inspirado y alegre, me encuentro en el clásico suelo; aun más excitante y sonora es la voz con que me hablan pasado y presente. Leíto el antiguo consejo y hojeo las obras antiguas con mano hacendosa y placer renovado a diario.

Mas de otra manera me tiene el Amor ocupado durante las noches y aunque sólo a medias me instruya, es el doble mi gozo, pues ¡no aprendo, acaso, espiando las formas amables del busto, o cuando mi mano se posa y desliza sobre sus caderas!

Entonces alcanzo el sentido del mármol, y pienso y comparo. Contemplo con ojos que tocan y toco con manos que ven.

Aunque algunas horas del día me robe mi amada en cambio me paga con creces, de noche, las horas del día. No siempre besarnos es todo, también conversamos con juicio, y si el sueño la vence y se aduerme, ¡qué bien reflexiono a su lado!

Abrazado a ella compuse a menudo poemas y con dedos leves escandí el hexámetro sobre sus espaldas.

Respira en un dulce sueño que se inicia y hasta lo más hondo del pecho su aliento se me entra y me quema.

En tanto el Amor reanima la lámpara y piensa en los tiempos en que semejantes favores también los rindió a los triunviro.

Versión de Ezequiel Martínez Estrada

Goethe y el hombre "moderno" por Francisco Romero

(Fragmento inicial de una conferencia sobre "La Visión de la Vida en Goethe", perteneciente al ciclo que se desarrolla en la Sociedad Kantiana de Buenos Aires conmemorando el centenario del poeta).

Más allá de las opiniones de los hombres, más allá de las creencias, más allá de las filosofías, — cada época posee una concepción del mundo y de la vida, que impone a todos los contemporáneos. Es como la dirección del río de la historia, la corriente en que van todos confundidos y arrastrados. Es como la tela común de la que cada uno corta un pedazo para hacerse con él, a su gusto y medida, la propia vestidura. Es como la tierra que se pisa y el aire que se respira. El hombre de cada época, que se halla envuelto y condicionado por esas grandes categorías de la vida y del pensamiento, suele ignorarlas o, por lo menos, ignorar su condición de determinaciones transitorias, históricas. O no las percibe, o les atribuye validez y vigencia absolutas, eternas, universales. Cuando adopta una opinión, cuando afirma una creencia, cuando establece una filosofía, — supone proceder con plena independencia, imagina que expresa su propio arbitrio o su propia verdad. No advierte que sólo en cierta medida es así. Su autonomía, por lo general, es limitada: libertad de movimientos de prisionero que va y viene dentro del recinto de su prisión. El traje será a la medida de cada uno, pero la tela estaba tejida de antemano; y el tejedor, hasta cuando nada contra la corriente, flota arrastrado por ella.

Estas amplias concepciones del mundo, que son al mismo tiempo actitudes distintas ante él, constituyen como grandes divisiones dentro de las cuales podemos ir aislando sucesivamente otras más restringidas en el tiempo y en el espacio. Joffé, en su gran libro reciente (*Wandlungen der Weltanschauung*, 1928), ha llegado a darnos la fórmula del espíritu de cada siglo. No nos interesa ahora esta especificación demasiado minuciosa, y, por lo mismo, arriesgada; basta para los fines de esta lectura sobre la visión de la vida en el poeta que conmemoramos, recordar los rasgos sucintos de las tres grandes épocas del espíritu humano, una de las cuales tiene en Goethe acaso su encarnación máxima y su más ilustre poeta.

En el viaje del hombre sobre la tierra, podemos ya distinguir a grandes trazos tres etapas, dos cumplidas y la última apenas comenzada. En la primera etapa, hasta fines de la Edad Media, el hombre se cree subordinado a instancias sobrehumanas que lo mantienen en tutela y gobiernan su destino. En la segunda, que corre para el hombre de Occidente desde el Renacimiento hasta principios del siglo XIX, el hombre se rebela contra los dioses y pugna por conquistar y afirmar su autonomía; en la ordenada en que lo deja el eclipse progresivo de los poderes que antes lo aterraban y lo protegían, se esfuerza ante todo por resolver su problema personal, el enigma inevitable y terrible de su propia naturaleza y de su destino individual. El hombre antiguo, el hombre medieval especialmente, tienen todos sus problemas resueltos, con la única condición de que acepten el sistema vi-

gente. Y ya sabemos cuán pocos eran los que no lo aceptaban. Pero ese sistema, a partir del Renacimiento, se desarticula un poco más cada día. El hombre, en este segundo período, llega a la mayoría de edad y tiene que afrontar los problemas del mundo y de la vida con sus propias fuerzas. Esta soledad, bajo los cielos que poco a poco se despeñaban, es la tragedia del hombre moderno.

Probablemente, después del oscuro período durante el cual pasó de la animalidad a la humanidad, no hay ni habrá en la historia del hombre una edad más conturbada y dolorosa que la que va desde el ocaso de la Edad Media hasta Kant y Goethe, los dos últimos grandes "modernos". El hombre, a lo largo de estos siglos, trabaja ahincadamente para construirse una fe nueva con los fragmentos de los ídolos rotos. El hombre antiguo-medieval poseía un creencia en dioses vengativos o benevolos, pero todopoderosos. Ellos eran la clave del mundo, su razón y su soporte, la garantía de que la vida tiene dirección y sentido. El feigo, con incredulidad sólo aparente, podía permitirse una sonrisa escéptica para los dioses personales de su Olimpo, porque su mismo Cosmos era de sustancia divina. Este hombre podía, pues, vivir "en función de la divinidad", delegando en ella sus más graves responsabilidades, sus últimas inquietudes. Al hombre de nuestros días, al que ensaya ahora los primeros pasos, le está naciendo una fe nueva, la fe en la Humanidad; el individuo se sumerge en lo social, empieza a encauzar socialmente su acción, y extrae de esta nueva actitud una seguridad nueva. Entre ambos, en un intervalo angustioso, el hombre "moderno" vivió su drama, el drama del hombre solitario, que poco a poco se acerca a sus dios, y que aun no había encontrado a sus semejantes.

Por una casualidad singular, debemos a tres poetas preocupados por el destino del hombre, la coincidencia en una ficción que señala en manera grandiosa y solemne cada una de estas tres inflexiones de la línea del sino humano. Tres grandes direcciones, he dicho, podemos descubrir en la trayectoria histórica, desde que la Humanidad guarda recuerdo de sí hasta nuestro tiempo; la del hombre antiguo, con su prolongación el hombre medieval, que vive en función de la divinidad, fija en ella su mirada y bajo su amparo; la del hombre moderno, desde el Renacimiento hasta principios del siglo XIX, hasta Kant y Goethe, que se aleja progresivamente de Dios y pugna por reemplazar el sistema cultural referido a instancias sobrehumanas por otro sistema referido exclusivamente al hombre mismo, pero al hombre individual, y la dirección del hombre de nuestros días, del hombre contemporáneo, que tras el fracaso de las soluciones individualistas para dar base y sentido a la vida, comienza a vivir en función de lo social y a forjarse, paralelamente, una fe nueva, quizá a crear un nuevo mito substituido del Dios ausente. Si alguien, desde más allá de las estrellas, fuera responsable o espectador de las andanzas del hombre sobre la tierra, el comienzo de cada una de estas tres etapas le hubiera merecido un movimiento de asombro o de asombrosa curiosidad, porque son como plantas divergentes de un mismo problema, como actitudes radicalmente distintas del hombre ante la única cuestión esencial para él.

La coincidencia sorprendente a que me refería consiste en que tres poetas —con distinto espíritu, pero con una misma emoción— han imaginado un debate en los cielos cada vez que el hombre —el eterno caminante— iniciaba una de estas tres jornadas. El tema es siempre el mismo: ¿Triunfa en el corazón del hombre las potencias del bien o las fuerzas del mal? Es, en términos amplios, la interrogación sobre el sentido de la vida y la historia tienen o no justificación trascendental y sentido. Ponen o si a la larga triunfan las potencias del bien, aunque su triunfo sea difícil y sólo arrojase como un infimo saldo favorable en un arduo balance, —la vida queda justificada, hay lugar para la esperanza y la historia va hacia alguna parte con ritmo que quizá nos sea dado acelerar después. Pero si en conjunto vence el mal, no hay en el mundo sino un proceso de autodestrucción sin justificación ni sentido.

Para el hombre antiguo, este debate se plantea en el Libro de Job. Dentro del sistema vigente para aquel hombre, el bien es la reverencia a la divinidad omnipotente y la sumisión a sus mandatos. Y así se plantea en los cielos el problema de Job —el problema del hombre antiguo—. Blastemará el varón justo cuando Dios deje de prodigarle sus beneficios; cuando caiga sobre su frente la desolación? Es decir, ¿mantendrá su fe en la adversidad, persistirá en la buena vía agobiado por el dolor y la angustia? —"Y dijo Jehová a Satan: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano: Solamente no pongas tu mano sobre él, y salíste Satan de delante de Jehová". Así relata el pasaje bíblico el instante dramático que ahora se nos aparece como el comienzo mítico de la historia. Porque mientras Dios habla personalmente cada uno de sus pasos y derrama sobre él sus dopes, Job es una sombra; es adelante vive una vida dolorosa, pero efectiva: vida de hombre en el mundo —hasta su victoria y su muerte.

Goethe redita esa discusión trascendental, en uno de los prólogos del Fausto, para el heredero y sucesor del hombre antiguo, para ese hombre "moderno" del cual el mismo Goethe es uno de los más puros modelos y acaso la última personificación ejemplar. El problema, idéntico en esencia, se ha complicado extraordinariamente. En la versión oriental, sólo se trataba de averiguar si el hombre seguiría o no fiel a su Dios. Si lo afirmaba sería

salvo; si renegaba de él, se perdería sin remisión. Ahora, en cambio, intervienen tantos elementos nuevos que es difícil asignar a cada uno su valor exacto. La tragedia goethiana es la tragedia del hombre moderno — pero ante todo la del hombre renacentista. Si Dios —resorte principal en el conflicto antiguo— hubiera desahuciado de pronto, la cuestión volvería a plantearse en términos nuevos, pero sencillos y claros. Para el hombre renacentista, Dios no desaparece, sino que se aleja. El sistema antiguo-medieval no se derrumba de repente, sino que se cuartea y se desmorona poco a poco. La revelación ya no basta como saber único y por excelencia — y el hombre arde en ansias de conocimiento. El cielo ya no es muy seguro — y se ansía poseer la tierra. La ordenación social ya no puede fundarse satisfactoriamente en el derecho divino — y se inventa el derecho natural. Ahora que contemplamos en perspectiva este reinado del hombre "moderno", descubrimos algunos de los arduos mediante los cuales, sin advertirlo, trataba de reconstruir sobre su cabeza el agrietado y ruinoso firmamento, para no quedarse a la intemperie. Porque todo sistema de cultura es en última instancia una serie de mecanismos de defensa, un sistema de protección. Ortega y Gasset, en El Tema de nuestro tiempo (1923), enuncia que "el culturalismo es un cristianismo sin Dios". Y el culturalismo, es decir, la creencia en la validez suprema y absoluta de los llamados dolores de cultura; es el sistema que "elabora trabajosamente el hombre moderno, su creación más peculiar y auténtica, el nuevo edificio que levanta —catedral gótica puesta bajo la advocación de la Razón— para guardarse en él su soledad y su abandono cósmico. "Los atributos de esta soberana realidad —continúa Ortega—, Bondad, Verdad, Belleza, —han sido desarticulados, desmontados de la persona divina y una vez sueltos se les ha dedicado" (p. 112). Y que el filósofo español ha calado hondo, lo demuestra que Martín Heidegger, otro intérprete de excepción del hombre, repita por su cuenta en su famoso libro Ser y Tiempo (1927), la misma indicación: "Frente al sostener que hay "verdades eternas" —dice Heidegger— como el confundir o identificar la "idealidad" de la existencia fundada fenomenalmente con un sujeto absoluto idealizado, son cosas que pertenecen al resto, aún no expulsado del todo, de teología cristiana dentro de la problemática filosófica" (Sein und Zeit, en Jahrbuch für Philos. und phänomenologische Forschung, VIII, pp. 223-230). Dos de los más agudos pensadores de ahora coinciden, como vemos, en descubrir como residuo en el hombre actual un rasgo que se ha dado con plenitud en el hombre "moderno" y que hasta es una de las claves para comprenderlo, asignándole la misma inesperada filiación.

El hombre moderno, el hombre de la "razón", es también el hombre de la acción. Recordemos, por ahora sólo de paso, que Fausto corrige la primera profección del Evangelio de San Juan: "En el principio era el Verbo" en esta forma: "En el principio era la Acción". No se podrá ver bien en el alma moderna si no reconocemos este par razón, acción instalado en su centro y gobernándola. La acción es la tangente por la que escapa al fatal movimiento circular a que la razón la somete.

Por la acción se evade, no sólo de la razón, sino también de su soledad bajo los cielos desiertos. El Pragmatismo es la teoría que, ya agrícola, construye el hombre moderno sobre lo que ha sido su práctica varias veces secular. El fin del mundo "moderno" — no digamos su fracaso, porque era sin duda una etapa necesaria — sobreviene con el reconocimiento de la insuficiencia de la razón pura y de la acción pura. La trabaja a nivel espiritual y social a que asistimos, es liquidación de la herencia del hombre moderno — del hombre solo y del hombre que hace.

Esta crisis —este "fracaso"— si cuidamos de apartar de la significación de la palabra toda intención condenatoria — es también la crisis y el fracaso de la inmanencia. El sistema del hombre antiguo era de una trascendencia tan ingenua como absoluta. El hombre moderno ensayó un inmanentismo que en el "sujeto trascendental" de Kant alcanza su culminación heroica. Pero existir es trascender, y esta verdad difícil y formidable, familiar en sospecha al hombre antiguo, la redescubre el hombre de nuestro tiempo por senderos inéditos. Ya tuvo su fórmula anticuada y precaria en el progresismo del siglo XIX, que ponía el centro de gravedad vital en lo futuro explicando la historia por algo que estaba fuera de la historia. El historicismo y el existencialismo actuales la corroboran, aunque descubriendo en ella una complejidad irreducible a la sencilla y optimista fe del siglo pasado. La existencia no es sustancia impenetrable, como el cuerpo físico, sino pura penetrabilidad. La temporalidad no es el riel por donde avanza el ser, sino carne y vida del ser mismo. El "vivo sin vivir en mí" de la música de Avila, no es ya expresión de una situación de la historia, sino ley de todo vivir. El hombre moderno quiso vivir en sí y por sí. El hombre actual, una vez más, se convence de que vivir es trascender; de que el recinto personal en que el hombre anterior quiso encerrar su vida y su destino, no es sino un centro que sólo palpita con intensidad cuando parten de él radios infinitos en número y longitud. Y no me refiero a singulares direcciones de la conciencia filosófica o de las propensiones sociales de este tiempo, sino a formas generales de vida que las comprenden y las determinan.

Para este tercer hombre, este hombre para el cual existir es estar fuera de sí mismo, se renueva por tercera vez el debate entre Dios y Satan. Es Welts quien ha imaginado, en La Llama Inmortal, acaso el más bello de sus libros, este tercer diálogo en las alturas celestes. Y como siempre a la ocasión, siendo el mismo eterno problema el que se discute, es un problema distinto. Ya no es el problema del varón justo, temeroso de su Dios, que se resume en si renegará o no de él — como en el Libro de Job. No es tampoco el problema del hombre moderno, del hombre solo, que se cifra en averiguar si confesará en su corazón, en última instancia, el bien o el mal — como en el Fausto. Es el problema del hombre social, que ha dejado atrás la obsesión individual y confunde su problema con todo el problema humano; que no se concibe separado de sus semejantes, cuyos intereses ideales ha fundido con los suyos propios hasta no distinguir ya los unos de los otros. Es el problema, en fin, del hombre cuya vida no es temor y plegaria — como la del hombre antiguo, ni soledad y monólogo — como la del hombre moderno, sino convivencia y diálogo.

La Edad Moderna —escenario de Goethe— como ámbito cultural, comprende tres grandes escalones, tres períodos: el Renacimiento, que es el despertar de las fuerzas nuevas, caracterizado por el entusiasmo y por la confusión de direcciones; el Siglo XVII, en que los motivos centrales de la cultura moderna, de la moderna visión del mundo y de la vida, ya han sido encontrados y poco a poco se organizan y unifican, logrando sus productos supremos en los grandes sistemas del racionalismo, de Descartes a Leibniz, y en la literatura clásica francesa, y el Iluminismo, que llena el siglo XVIII, época en que se extraen, por decirlo así, las consecuencias del hondo trabajo del siglo XVII, se difunden sus principios y se procura aplicarlos a la vida social y política: Lessing en Alemania y Voltaire en Francia son representantes típicos de este período, en el que el racionalismo, elaborado por las más altas mentes de la etapa anterior, baja desde esas cumbres excelsas al llano: la Revolución Francesa es su mayor resultante histórica y, en cierto sentido, cierra la Edad Moderna.

Goethe encarna y representa diversamente al hombre de estos períodos. En lugar de aislarlo desde luego y seguir las peripecias de su vida social dentro del mundo que lo rodea, conviene contrastar su propia visión con los distintos momentos del alma moderna.

Goethe, que ha sentido escasamente el ideal clásico del siglo XVII, ese ideal que se nos muestra acabadamente, por ejemplo, en Descartes y Racine, posee en cambio una comprensión perfecta para el Renacimiento. Es, por algunos de sus costados, un hombre del Renacimiento. Lo es, ante todo, por la violencia con que prende en su tronco germánico el incerto de la cultura clásica. El mundo moderno nace cuando surge ante las naciones de Occidente, en su integridad y pureza, toda una cultura completa, la greco-latina, que en algunas de sus direcciones parece haber alcanzado el límite superior de las posibilidades humanas. El Renacimiento vive un continuo deslumbramiento en presencia de la belleza antigua hallada de nuevo. En la segunda

(Concluye en la pág. 79).

La admiración francesa GOETHE

latidos de mi corazón árido. Admiraba sin fin la legitimidad del placer con el asombro del que, hasta ese día, tropezaba por todas partes con prohibiciones y vetos; ¡Qué impunidad! ¡Qué desmoronamiento! Tenía que hacer mío ese tranquilo y armonioso ensanche en la alegría. Por cierto que los celosos defensores de la iglesia no dejaban de reprocharme que nada se parecía más a ellos.

Aquel hombre venía desde una niñez solitaria y una juventud estrecha. Los deseos de que había poblado su infancia desierta no pudieron florecer hasta muy tarde, a causa de la pobreza. Pero ahora, en plena sazón de la vida iba recogiendo, a la ventura del recuerdo, los frutos de sus ambiciones pueriles. Un día era el sorbete paladeado en plena calle, con los ojos cándidos y la gula incoherente de los cinco años; otro, el libro trivial, calladamente ansiado en el albor de la inteligencia; y siempre, juguetes y más juguetes... Los que le veían cargarse de esa fútil mercancía, sabiendo el solitario y egoísta, imaginaban que mantenía en su alma el culto de un hijo muerto, y, en verdad; llevaba en sí un niño extinto, pero ese niño era entepasado suyo. El Hombre le voveraba como a un ascendiente y ajustaba su adulta voluntad a los caprichos remotos del infante. Piadosamente — peregrino cumpliendo una promesa — tranquilizaba, uno tras otro, los anhelos insatisfechos de su primera edad.

Ahora estaba frente a la jaula del pájaro maravilloso que había sido su primer deslumbramiento ante la vida; el pájaro que, en las ferias, picotea la suerté y ofrece a cada cual su destino en el pico. Mientras la avecilla saltaba de palo en palo, presta a la función sibilina, recordaba el Hombre la ambición sin fe ni esperanza que había tendido su voluntad hacia la bestezuela fabulosa. ¡Tener en su nido al diminuto pájaro, a cuyo lado el águila es miopé, y el cual resulta, en su apariencia frívola, junto al bulbo y el cuervo, inmensamente sabio! El niño nunca pensó poder lograr aquel talismán, pero el Hombre, cuarenta años después, compró uno igual, junto con su colección de horóscopos, a un taumaturgo ambulante. Mientras desde la lejanía del tiempo, el niño sonreía al prodigio aliado, el Hombre examinaba las cedulillas proféticas. Y al observar que todas ellas correspondían a tres o cuatro modelos invariables — las habia de ser los colores — exclamó: — ¡Este farsante callejero fabrica los destinos en serie, cómo ha de hacerlo Dios!

Bien es verdad — agregó por lo bajo — que los modelos de este poderoso industrial son innumerales...

Goethe y Spinoza por Enrique Espinoza

Una coincidencia secular hace que este mismo año se cumpla el primer centenario de la muerte de Goethe y el tercero del nacimiento de Spinoza. Benfita coincidencia, pues, lleva nuestro pensamiento de hombres libres de la muerte de Goethe a la vida de Spinoza, dándole así, de entrada, una significación *sub specie aeternitatis*.

Hay, naturalmente, entre Spinoza y Goethe muchas otras relaciones de vida y muerte. El mismo Goethe pensó sintetizarlas en un poema sobre Spinoza y el "Julio eterno", según lo recuerda en *Dichtung und Wahrheit*.

Pero aunque no llegó a escribirlo, la vida totalizadora de Goethe, ¿no es, acaso, la realización más perfecta del poema de Spinoza?: el mismo que hoy congrega a tantos europeos en torno de la tumba del altísimo poeta.

Waldo Frank en su profundo *Redescubrimiento de América*, dice:

"La tradición del *europismo consciente* puede empezar a fecharse desde Goethe."

Y luego, en la misma página:

"Goethe fué un gran discípulo de Spinoza; no ha habido un gran discípulo de Goethe."

En efecto, a cien años de la muerte de Spinoza el joven Goethe lo proclamaba su "Meister und Herr". A cien años de la muerte de Goethe, Europa espera aun su discípulo "apasionado y decidido": el profeta y el poeta de una nueva síntesis.

Ojalá la vieja Europa no tarde en descubrirlo feledescribirse en él para común gloria de Goethe Spinoza.

LUIS ALBERTO SANCHEZ DON MANUEL

Vida de Manuel González Prada

\$ 2.— m.n.

EN NUESTRA ADMINISTRACION.



lectura de las "Elegías Romanas". Estaba encantado de comprenderlas tan bien. Aprendía de memoria esos ampulosos versos y me los recitaba a lo largo de la jornada; ellos escandían los urgentes

que me impresionaron en que se agotaba la memoria superior y sus tintineos. Puede derramar dulces lágrimas; pero no se lo oye sollozar jamás. Nietzsche exigirá más del hombre, es cierto; pero el templo de este titán fulminado, de este Prometeo sin Pandora, recordemos, de veras, nuestra fragilidad. A su ansiosa pregunta: "¿Qué puede un hombre?", nadie ha respondido mejor que Goethe.

Traducción de L. F.
para LA VIDA LITERARIA

(Goethe entre Karlsbad y Weimar. — Setiembre 5/1823)

El 5 de septiembre de 1823 rueda lentamente un carruaje por el camino de Karlsbad hacia Eger. La mañana tiene ya frescura otoñal, un viento pené- trante atraviesa los campos segados, pero el cielo se extiende azul sobre el amplio paisaje. En la ca- lesa viajan tres hombres, el Consejero del Gran Ducado saxo-weimariano (como le titula con en- comio la lista del sanatorio de Karlsbad) y sus dos fieles: Stadelmann, el viejo criado, y John, el secre- tario, cuya mano ha escrito por primera vez casi to- da la obra de Goethe, del nuevo siglo.

Ni uno ni otro dice una palabra, pues desde la partida de Karlsbad, donde mujeres jóvenes y mu- chachos despedieron al viajero con besos y besos no volvieron a moverse los labios del hombre que envejecía. Está sentado inmóvil y solo la mirada pensativa, absorta delata la fovilidad interior. En la primera estación de relevo, desciende del coche y sus dos compañeros de viaje, ven que escribe con lápiz palabras sobre un papel cualquiera. Y esto se repite durante todo el trayecto hasta Weimar, sin descansa. En Zwotán, recién llegado, en el castillo de Hartenberg, al día siguiente, en Eger, y luego en Pönsneck, en todas partes, lo primero que hace es anotar de prisa lo meditado durante el viaje. Y el Diario consigna lacónicamente: "He redactado el poema" (6 de septiembre), "El domingo he conti- nuado el poema" (7 de septiembre), "Durante el via- je he revisado nuevamente el poema" (12 de sep- tiembre). En Weimar, su destino, está también ter- minada su obra: nada menos que la "Elegía de Ma- rienbad", la composición poética más importante de su vejez, la personalmente más íntima y por eso también la preferida por él mismo: su heroica des- pedida y su valiente empezar de nuevo.

"Diario de estados íntimos", llamó Goethe, en una conversación, a este poema y quizá ninguna pá- gina del diario de su vida queda tan abierta y tan clara para nosotros, en su fuente y origen, como este documento trágicamente interrogante y plañi- dero de sus sentimientos íntimos. Ninguna efusión lírica de sus años juveniles ha nacido tan espontá- neamente de lo ocurrido, ninguna obra podemos se- guir en su formación, paso a paso, estrofa a estro- fa, hora a hora, como este "maravilloso lírico que nos adiestra", este poema tardío, el más profundo, el más perfecto y el más cálidamente otoñal del hom- bre de setenta y cuatro años.

"Producto de un estado de intensa pasión" como lo llamó hablando con Eckermann, tiene, al mismo tiempo, acabada perfección de forma. Y así a la vez claro y misterioso adquiere en el estructura un instante de vida apasionada. Aun hoy, después de cien años, nada se ha marchitado ni borrado en es- ta noble página de su vida múltiple y excitante y todavía a través de los siglos este 5 de septiembre será memorable en la mente y en el corazón de las verdaderas generaciones alemanas.

Pero a esta página, a esta poesía, a este hombre, a esta hora, lo alumbraba la rara estrella de un re- nacimiento. En febrero de 1822 sufría Goethe una grave enfermedad: una fiebre intensa sacude con escalofríos su cuerpo; durante muchas horas la conciencia está perdida y él mismo parece estarlo. Los médicos, que no hallan ningún sintoma claro, pero que sienten el peligro, están perplejos. Mas inesper- radamente, así como ha venido, desaparece la en- fermedad; en junio va Goethe a Marienbad, tan completamente cambiado como si aquel ataque hir- biera sido sólo sintoma de un rejuvenecimiento inte- rior, de una "nueva pubertad". Al hombre hermético, esqueleroso y pedante en quien lo poético ha- bía degenerado casi en decenios lo domina de nue- vo el sentimiento. La música, dice, "lo saca de sí". No puede oír tocar el piano y menos por una mu- jer tan hermosa como la Symanovská sin que acudan las lágrimas a sus ojos. Con instinto profundo bus- ca la compañía de los jóvenes y con asombro con- templan sus compañeros al hombre de setenta y cuatro años entusiasmarse con las mujeres. Ven que, como en otra época, partícipa del baile y que, como el mismo cuenta con orgullo, "durante el cambio de pareja vienen a él las mujeres más lindas". Su na- turaleza rígida se funde magiamente ese verano, y excitada como está su alma, sucumbe al antiguo en- canto, a la eterna magia. El Diario menciona tra-icionándolo "sueños conciliadores": el "antiguo Wer- ther" vuelve a despertar en él: la asiduidad de las mujeres le inspira pequeños poemas, juegos y far-

La Elegía de Marienbad

por Stefan Zweig

sañs jocosas, como las había hecho medio siglo an- tes con Lili Schönemann. Aun vacila, inseguro, en la elección de mujer; primero es la hermosa polaca, pero luego es la joven de dieinueve años, Ulrica de Levetzow, la que corresponde a su sentimiento con- valiente. Quince años antes había amado y adora- do a la madre, no hacía un año bromecía paternal- mente con "la hijita", pero ahora nace una pasión súbita, que como una nueva enfermedad se apodera de todo su ser sacudiéndolo profundamente como ningún otro sentimiento desde hacía mucho tiempo. El hombre de setenta y cuatro años se entusiasma como un adolescente: en cuanto oye la animada risa en el paseo, deja el trabajo y corre sin sombrero y sin bastón, al encuentro de la graciosa jovencita. Pero tiene las aspiraciones de un joven, de un hom- bre: la pieza grotesca, ligeramente fáunica en lo trágico, se representa. Después de haber con- sultado secretamente al médico, acude al más viejo de sus camaradas, al Gran Duque, para que le pida a la señora Levetzow la mano de su hija Ulrica. Y el Gran Duque, recordando muchas noches alegres pasadas por ambos en compañía de mujeres, cin- cuenta años atrás, y quizá sonriéndose callada y ma- liciosamente del hombre que Alemania y Europa adoran como al más sabio de los sabios, como al es- píritu más profundo y más ilustre del siglo, el Gran Duque se coloca con solemnidad las condecoraciones de la Estrella y la Orden, y va a pedir a la madre la mano de su hija de dieinueve años para el hombre de setenta y cuatro. No se sabe, con exactitud, cuál fue la respuesta; parece haber sido de espera, de di- latación. Así es Goethe, pretendiente inseguro del éxi- to, agraciado con besos fugaces, palabras amables, mientras lo domina cada vez más apasionadamente el anhelo de poseer la juventud encarnada en figura tan tierna. Vuelve el eterno impetuoso a querer conquistar el favor del instante: sigue fielmente a la pmada de Marienbad a Karlsbad, volviendo a en- contrar aquí la misma inseguridad en respuesta a sus ansias ardientes. Con la terminación del verano crece su tormento. Por último, se acerca la despe- lida, sin compromisos ni promesas. Y estando ya en marcha el coche, siente el gran adivino que algo monstruoso tiene fin en su vida. Pero, compañero eterno del dolor profundo, en las horas oscuras, está presente el viejo consuelo: el genio se inclina sobre el ser doliente y el que no encuentra consuelo en las cosas de la tierra, acude a Dios, una vez más, como innumerables otras, y ahora por última vez ascende de la vida a la poesía, y en maravilloso agradecimiento por esta última gracia escribe sobre este poema, el hombre de setenta y cuatro años, los versos de su Tasso, compuestos hace cuarenta, revi- viéndolos con asombro:

Y para cuando el hombre en su dolor enmudece
Dióme un dios al don de decir lo que yo mismo sufro.
Pensativo viaja ahora el anciano en la calea, en- tristecido por la inseguridad de sus preguntas inte- riores. Por la mañana temprano se aprontó Ulrica, con la hermana, para la "despedida tumultuosa". Volvió a besarla la boca juvenil y querida; ¿pue- d' fue este un beso de amante o de hija? ¿Podía ella amarlo? ¿No lo olvidaría? Y el hijo, la nuera, que in- quietos esperan la cuantiosa herencia ¿tolerarían su matrimonio?; el mundo ¿no se burlaría de él? Al año siguiente ¿no habría envejecido para ella? Y si vol- viese a verla ¿debe esperar del encuentro?
Inquietas vagan las preguntas. Y repentinamente una, la esencial, se transforma en verso, en estrofa — la pregunta, la pena, se hacen verso. Dios le ha dado el don de "deir lo que sufre". Inmediata- mente, en toda su desnudez, y como prolongación de sus agitaciones recónditas, el grito modela el poema: *¿Qué debo esperar ahora del nuevo encuentro, — De los brotes aún cerrados en este día? — El paraiso, el infierno están para ti abiertos. — ¿Qué voluble se agita el sentimiento!*
El dolor fluye ahora en estrofas cristalinas, mara- villosamente purificado del propio tumulto. Y como la "atmosfera sofocante" perturba la penuria caótica del estado interior del poeta, levanta al azar la vista.

Misterioso, como una rara gracia del destino, ha considerado el mismo Goethe a este poema. No bien de regreso, en Weimar, lo primero que hace, antes de dedicarse a cualquier trabajo o asunto casero, es copiar el poema artística y caligráficamente, de su propia mano. Durante tres días lo transcribe sobre un papel especialmente escogido, con letra grande y so- lenne, como un monje en su celda. Y lo oella como un secreto para los más íntimos y aun para los más fieles de su casa. Lo enmueda el mismo, para que

Traducción de O. C. para LA VIDA LITERARIA

Desde el coche que rueda contempla el paisaje mat- rial de Bohemia: divina paz, frente a su intranquilidad, y en seguida fluye al poema el paisaje recto visto:

¿No está de más, entonces, el mundo? ¿Las rocas — ya no están coronadas con sombra divina? — La cosecha, ya no madura? Una balustrada, ver- de — no se extiende junto al río, a través de la ba- rra y de los prados? — ¿Y no se eleva lo sobrehuma- namente grande, — ya lleno de forma, ya sin forma?

Pero este mundo carece, para él, de alma. En un momento de tanta pasión sólo puede comprender las cosas en relación con su amada; y mágicamente ad- quiere forma el recuerdo en renovada transfigura- ción:

En el coro de nubes graves, qué ligera y graciosa — qué tierna y clara vaga como los serafines — Cor- mo si allá arriba, en el éter azul la imitara — una imagen esbelta, nacida de leve hábito. — Así puedes ver participar, en alegre danza, — a la más amada de las figuras más amadas. — Pero sólo un instante debes resignarte — a poseer una imagen élfica en su lugar. — ¡Vuelve al corazón! Allí la hallarás mejor; — Allí se mueve en imágenes cambiantes. — Una imagen se transforma en muchas — Así mil veces y siempre, siempre más hermosa.

Apenas evocada, la imagen de Ulrica adquiere for- ma sensual. Describe cómo lo acogió y "llenó gra- dualmente de felicidad": cómo después del último beso le oprimió los labios con el "último de los últi- mos"; y, bien aventurado con los recuerdos felices, compone el viejo maestro en forma sublime una de las estrofas más puras sobre el sentimiento de la en- trega y del amor, que jamás se han creado en lengua alemana y en ninguna otra:

En nuestro pecho puro anida un impulso — a entregarnos libremente, agradecidos, — a otro más noble, más puro y desconocido, — confesándonos al eternamente no nombrado; — ¿A eso llamamos ser devoto! De tan elevada felicidad — me siento par- tícipe cuando estoy a su lado.

Pero, precisamente, al recordar este sentimiento de intensa felicidad, sufre el abandono con la separación actual. Entonces irrumpe un dolor que casi destruye el tono noblemente elegiaco de este gran poema; una sinceridad del sentimiento, como solo se produce una vez cada muchos años, cuando espontáneamente se transforma lo vivido en belleza. Conmovedora es esta queja:

¡Ahora estoy lejos! Al minuto presente, — ¿qué te conviene? No sabría decirlo. — Me ofrece para lo bello muchos bienes. — Esto, solo, estorba; debo tí- brarme de ello. — Un anhelo invencible me empuja de aquí para allá. — Sólo queda un consejo, llorar, sin fin.

Luego se eleva, apenas capaz de elevarse el grito último y más horrible:

¡Abandonadme aquí, fieles compañeros de viaje! — Dejádme solo en la roca, entre pantano y mýsago; — ¡Avanzad siempre! para Vds, está abierto el mundo, — Amplia la tierra, alto y grande el cielo; — Contemplad, investigad, juntad las particularidades, — Que sea balsecado el secreto de la naturaleza. — Para mí todo está perdido, inclusive yo mismo; — Yo que no hace mucho era preferido de los dioses; — Ellos me han puesto a prueba, me han prestado Pandoras — muy ricas en bienes, pero más ricas en peligros; — Ellos me empujaron a la boca disper- sadora de felicidad, — Ellos me apartan y me con- denan a perecer.

Al que siempre había sido reservado, nunca le na- ció una estrofa igual. El que supo ocultarse en su ju- ventud y contenerse en su madurez; el que hasta aho- ra casi siempre había disimulado sus más profundos secretos en imágenes, cifras y símbolos, ofrece aquí en su sencillez; por primera vez, con gran libertad sus sentimientos. Desde hacía cincuenta años, el hom- bre sensible, el gran poeta lírico, no había sido tan humano como en esta página inolvidable, de la eclipse decisiva de su vida.

Misterioso, como una rara gracia del destino, ha considerado el mismo Goethe a este poema. No bien de regreso, en Weimar, lo primero que hace, antes de dedicarse a cualquier trabajo o asunto casero, es copiar el poema artística y caligráficamente, de su propia mano. Durante tres días lo transcribe sobre un papel especialmente escogido, con letra grande y so- lenne, como un monje en su celda. Y lo oella como un secreto para los más íntimos y aun para los más fieles de su casa. Lo enmueda el mismo, para que

(Continúa en la pág. 79)

Significación de Goethe por Leopoldo Lugones (continuación)

lógicas de los siglos XIII y XVI. Todo ello, como se ve, fué empresa romana, aunque de inspiración griega, pues la civilización occidental es, a su vez, greco-latina. Las crisis antiguas llamadas heroicas, a cuyo género pertenecen el heroísmo y el colectivismo actuales, prolongando así hasta hoy el conflicto con la jerarquía disciplinal que Ulises formulaba ya en el canto I de la Iliada (vs. 293-294) esas rebeliones, digo, concurren a definir la historia como una perpetua opción entre el orden o estabilidad orgánica de una sociedad unificada, y la disformidad desquiciadora que ha- rándose en sus defectos, y atacándola con eficacia por esos puntos débiles, promueven su reorganiza- ción no menor jerárquica; ya que todo sistema o mejor dicho todo conjunto estable, es jerarquía de suyo, por la indispensable subordinación de los elementos que lo forman, y que, de lo contrario, no permanecerían. Lo permanente, positivo y mejor es, pues, el orden, fuera del cual sobrevienen sin remedio la disolución y la anulación. Anarquía y nihilismo son sinónimos.

La Revolución Francesa, última de las grandes bergías, si no es mejor considerarla el desenlace del protestantismo que fué una rebelión germáni- ca contra Roma, figura entre los períodos de gi- gantes que al principio mencioné. Para reducir su lista a unos cuantos de los más típicos, basto con Beethoven y Laplace, Gauss y Lavoisier, Na- poleón y Goethe, que no menos preciaría aque- lla vasta reorganización del mundo. Pero, entre todos, Napoleón y Goethe son, a mi ver, los más significativos, porque, cada uno en su género, son también los más grandes reorganizadores de la sin- tesis vital contemtable en la capacidad humana: "el cubo de las facultades", como dijo Hugo hablando del emperador. Claro que ello es don nativo, porque se trata del genio; mas, aquí me ocupo de su sig- nificación histórica, en la trascendencia natural que por sí sola se determina. Así podemos afir- mar que la Revolución fué el momento histórico de Napoleón y de Goethe. Voluntario, es decir providencial, según el concepto de que los genios son enviados, conformes lo sostuvo en la Historia de Sarmento? "Natural, o como producto de una evolución cuyos elementos racionales ignoramos? No me propongo averiguarlo ahora, por doble razón de incapacidad ante el problema, y del tiempo que me falta en este escrito al correr de la pluma, cuyo solo objeto es cumplir un deber con tan gran- de nación como aquella Alemania a la cual fui pasajero enemigo, cuando ante su potencia formidable pe- ligró un día la libertad.

Es cosa fácil de ver que Napoleón fué un em- perador de Roma. Goethe, a su vez, fué uno de aquellos grandes romanos en quienes renace do tiempo su tiempo la estirpe, como pasó con Maquiavelo, restaurador de su norma política. Go- ethe restauró su norma estética, y en esto, que no es el amor de Roma, capaz de subyugar a cual- quier turista o arqueólogo, sin trascendencia algu- na, por lo demás, consistió su paganismo. Aquel amor de la vida por la vida misma, en cuya virtud nada cuenta el fin, sino el momento, cuya virtud nada cuenta el autor, sino el fanagor- vato latino; aquel romanticismo, o vida en forma, que es, si bien se mira, la idealización de la realidad; aquel dominio de la propia existencia que llega, por extremo de la pasión, al derecho estoico del suicidio; aquella capacidad prodigiosa de la sublimidad y del amor; aquel culto de la belleza que la disciplina del arte que somete la gran- dez incomparable de la creación al equilibrio proporcional de los partemones; aquel concepto arquitectónico de la construcción que subordina a su ley la misma belleza imponderable de la má- sica; aquella vida personal realizada como una obra de arte, o sea tal cual concebía su heroísmo el pagano: todo eso y lo mucho que se me queda por decir en la apreciación forzosamente sintética del color, es reorganización greco-romana emprendida sobre los mismos escombros de la titánica destrucción. Así, lo que Goethe representa es la re- conquista de Alemania por Roma; pero no ya a título de empresa extranjera, sino por ministerio genial del más grande de los alemanes en el do- minio del espíritu.

Toda nación digna de un destino superior, de- finese por un gran poeta; es decir, en un anun-

ciador de ese mismo porvenir. Mas, un gran poeta no adquiere semejante categoría, sino cuando su obra lo erige en representantes de la humanidad. Este es el sentido profundo del humanismo, ge- néricamente asistido al cultivo de las letras clá- sicas. Pues aquel concepto de la humanidad es también cosa romana por lo estoica. Así se en- grandece la Patria con el hombre suyo que las naciones llaman nuestro. Así Alemania resume a la humanidad en la persona de Goethe. Y no sólo a la humanidad de ahora, sino a la de ayer, en la antigüedad de los dioses y de los héroes.

"Un hombre", dijo Napoleón definiendo a Go- ethe. Es decir, un hombre como él, un emperador. Un romano de su estirpe reditaba. La glorifica- ción de Alemania en la persona de Goethe, quedó iniciada así por el Otro. Y de esta suerte fué ratificada la reconquista imperial. Todo hom- bre completo, así, en la integridad que describe la mayúscula, es un emperador. Vale decir, uno que manda en jefe. Milagro, si los hay, porque en la obra de cada renlo dejó el ngen de la vida in- mortal, o sea el verdadero Dios, su rastro patente sobre la tierra.

La "Elegía de Marienbad" por Stefan Zweig (conclusión)

no se tejan chismes, asegura además el manuscrito con hilo de seda, le pone abierta de marroquí rojo (que más tarde debe cambiar por otra magnífica de tela azul, que aun hoy puede verse en el Archivo de Goethe y Schiller). Los dioses están llenos de eno- jo y de disgusto; su proyecto de casamiento solo despierta burlas en la casa; el hijo estalla en fran- cas explosiones de odio; y solo puede confortarse en el ser amado, con palabras de su propio poema. Y recién cuando vuelve a visitarlo la hermosa pola- ca, la Symanovska, se renueva el sentimiento de los serenos días de Marienbad, haciéndolo su par- tícipe. El 26 de octubre llama finalmente a Ecker- mann y ya en el énfasis con que hace la lectura, se delata el especial amor que sentía por este poe- ma. Y después que el criado coloca dos veces sobre el escritorio, Eckermann es invitado a sentarse junto a la luz para leer la elegía.

Poco a poco llegan a conocerla algunos otros; pe- ro solo los más íntimos, pues según palabras de Eckermann, Goethe la cuida "como algo sagrado". Pues que tiene especial significación para su vida, lo demuestran los meses que siguen. A la exaltada euforia del renacimiento, sucede un gran quebran- to. Otra vez parece haber cerca de la muerte, se arrastra de la cama a sillón, del sillón a la cama, sin encontrar reposo; la nuera está de viaje, el hijo lleno de odio. Nadie cuida ni consuela al viejo enfermo y olvidado. Ayudado seguramente por los amigos, llega Zelter, de Berlín, el su confidente más cordial, descubre un seguida el fuego inte- rior. "Lo que encuentro", escribe con asombro, "es un hombre que parece contener en sí el amor, todo el amor de la juventud con sus tormentos". Para curarlo, le lee una y otra vez, "con íntimo interés", su propio poema. Al fin está domi- nado. Convaliente ya, escribe más tarde: "Era natural que tú me hicieras percibir muchas veces con tu voz dulce y sentida, lo que me es querido en tal grado que yo mismo no puedo sentirme". Y más adelante: "No debo decirlo; pero si viviéramos jun- tos, deberías tú leerme y cantármelo tantas veces, hasta que lo supieras de memoria".

Así es, dice Zelter, "como se cura con la misma lanza que la había herido". Goethe se salva, hay que decirlo, por este poema. Al fin está domi- nado la pena, venida la última esperanza a través muere su sueño de una vida en común con la que- rida "hijita". Sabe que no volverá jamás a Marien- bad, a Karlsbad, al teatro risueño de los ociosos. De ahora en adelante su vida pertenece solamente al trabajo. El que fué puesto a prueba por los dioses renuncia a reemplazar el destino. En cam- bio, aparece en el círculo de su vida otra gran pa- labra; perfeccionar. Serenamente vuelve su mirada a su obra, que abarca sesenta años, y que no puede construir más, reunirla por lo menos; cierra contrato para sus "Obras completas" y transfiere los derechos. Otra vez entrega su amor, que no hace mucho se había engañado, en una jovencita de dieinueve años, a los compañeros más viejos de su juventud: "Wilhelm Meister" y "Fausto". Lleno de brio se pasa a la obra; de las hojas amarillentas sale renovado el proyecto del siglo anterior. Antes de los ochenta está terminada "Años de Viaje", y con valor heroico, el hombre de ochenta, y un años emprende la "obra principal" de su vida: el "Fausto", que termina a siete años de aquellos trágicos días del destino, ocultándolo al mundo con sigilo y misterio, y con la misma piedad respetuosa que a la Elegía.

Entre estas dos esferas del sentimiento, entre póstumos deseos y póstumos renunciamientos; entre empezar y terminar, se halla, como ápice, como in- olvidable momento de transformación interior, este 5 de setiembre; la despedida de Karlsbad, la des- cida del amor transformado en eternidad por una queja conmovedora. Este día, debemos llamarlo memorable, y despertar después de un siglo su recuerdo, pues la poesía alemana desde entonces no ha vuelto a tener ninguna hora de sensibilidad extraordinaria igual al formidable torrente de sen- timiento de este poema formidable.

Goethe y el hombre "moderno" por Francisco Romero (continuación)

parte del Fausto, el mímsculo hombre artificial creado por Wagner arrastra, como una fatalidad, a Fausto hasta la Grecia, donde persigue y encuentra la perenne hermosa clásica, corporizada en He- lena. El símbolo vale tanto para el hombre renan- centista como para Goethe mismo. Pasados los pri- meros tiempos de admirado estupor, ya bien en- trada la Edad Moderna, el siglo XVII haré de lo clásico una disciplina, un deber, casi un programa escolar. Para el Renacimiento fué una fruición, una delicia, un encantamiento. El filólogo se sintió entonces, acaso por vez única en la historia, un aventurero. Goethe recuerda a aquellos hombres que gozaron y sufrieron el pathos de la Antigüe- dad. Cuando en 1786 — a los 37 años — recorre Italia en busca de las huellas del arte antiguo, parece recluir en el original un texto leído y repetido muchas veces en traducciones.

Goethe se aproxima también a los hombres del Renacimiento por las más acendradas propensiones suyas, por su concepción general de la realidad. Al formalismo intelectualista del pensamiento medie- val, el Renacimiento opone un esteticismo que lo saca de todo a la línea armoniosa, a la plenitud vibrante y entusiasta. Esta visión del mundo, pre- ponderantemente estética, es también la de Goethe. El Renacimiento profesa un naturalismo concreto, al cual el siglo XVII sustituirá la abstracción con- cepción mecánica propia del racionalismo matemati- zante. El sólido universo sustancial y corporal de los siglos XV y XVI, se evaporará atacado por los energicos reactivos de la razón cartesianá, y sólo dejará como residuo un sistema de relaciones geométricas y numéricas. Goethe amaba demasía- do las formas, los aspectos diversos de la realidad, la maravillosa variedad de los seres y de las cosas, todo lo que él llamaba "la vestidura viviente de la divinidad", para consentir en que todo eso se des- vanezca y ocureciera pasando a segundo térmi- no, y no quedase en primer plano sino un muer- to esqueleto matemático. Lo que en Spinoza le atrae — dejando por ahora a un lado la filosofía ética — no es lo que en él hay de siglo XVII, el estricto encasillado del mero geométrico, la siste- matización racionalista, sino la plena realidad, a un tiempo humana, cósmica y divina, que palpita, como un enorme ser vivo, aprisionada en la red de definiciones, axiomas, demostraciones y escolios. El universo lo concibe de acuerdo a estas incli- naciones generales suyas. En su escrito Die Natur, de 1782, explica la naturaleza como totalidad ani- mada, vida eterna, deír y movimiento; sus ley- es no cambian, pero ella misma cambia sin térmi- no. La vida propiamente dicha es la más perfec- ta creación de la naturaleza, y la misma muerte no es sino el recurso, el procedimiento para pro- ducir más vida. Estas afirmaciones, que imponen un hylzoísmo, son complementadas mucho más tarde, en 1828, con la definición de los dos gran- des resortes que mueven, según él, la naturaleza toda entera: la polaridad, es decir, la concurren- cia y conflicto de elementos antagónicos, de fuer- zas atractivas y repulsivas; y la proliferación cen- tífua de la vida, la progresiva evolución, noción que ha de servirle de principio heurístico cuando de las especulaciones entre poéticas y metafísicas de este naturalismo hylzoico descienda a la in- vestigación inmediata de la naturaleza.

La identificación de Goethe con situaciones típi- cas de la mente renacentista tiene un claro ejemplo en el comienzo del Fausto. Yo no voy a analizar ahora el vasto poema, que es por sí solo un ohe poético, y sobre el cual hemos oido tan bellas en- señanzas de Don Alejandro Korn en la anterior conferencia en esta ciudad. Quiero únicamente tomar sin duda un momento del Fausto, que describe momento que expresa con extraña intensidad una pa- ra decisiva del hombre del Renacimiento, del pri- mer hombre "moderno".

EURINDIA

Revista de ciencias políticas, socia- les y económicas. Directores: Horacio Espinosa Altamirano, Diego Córdoba. República del Salvador 59. Despacho 1. MEXICO, D. F.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura Hispánica Publicado por J. García Monge Apartado Letra X San José COSTA RICA, C. A.

"La Gran Ocasión"
LIBRERIA Y PAPELERIA
Compra, venta y canje de libros. - Textos y útiles escolares. - Artículos para escritor.
LARATRE & SORDI
Calle Victoria 557 - Av. de Mayo 560
U. T. 33, Avenida 4670

ESTE NÚMERO

Aparécete este número de LA VIDA LITERARIA integramente dedicado a Goethe a pocos días de cumplirse el centenario de su muerte...

Hacer entre nosotros un número como este significa un esfuerzo realmente extraordinario que, por lo mismo, resulta singular.

Abre este número, como correspondía, una traducción poética de Goethe realizada por Esequiel Martínez Estrada. Dos ensayos de interpretación goethiana flanquean dicho poema. El primero de Leopoldo Lugones, "Significación de Goethe", destaca la figura del gran poeta desde el punto de vista pagano. El otro, "Goethe y el hombre 'moderno'", de Francisco Romero, desde el punto de vista puramente filosófico. A estos artículos siguen otros de Arturo Canelo, Luis Franco, Marcos Victoria y nuestro director, sobre distintos aspectos de la obra del poeta. Por último, cierran el número dos traducciones inéditas de André Gide y Stefan Zweig que fijan, respectivamente, la admiración francesa y germanica junto a la nuestra.

SOCIEDAD KANTIANA

La noche del 22 de marzo, "sera del centenario goethiano", esta sociedad inauguró la serie de conferencias que anunciamos en nuestro número anterior. D. Alejandro Korn tuvo a su cargo la disertación inicial, que versó sobre "La filosofía de Goethe". A esta conferencia seguirá la de nuestro compañero de redacción, Francisco Romero, el lunes 4 de abril. Por haber resultado chico el local de la Sociedad Científica Alemana donde se realizó la primera conferencia, la de Romero se reunirá en los amplios salones del

NOTAS Y NOTABILIDADES

ASTERISCOS

Con grandes letras titulares "La Prensa" anuncia en su sección telegráfica del domingo 20: "Hoy serán inaugurados en Weimar varios actos conmemorativos del ilustre literato alemán, Goethe".

Mucho más fáustica, "La Nación" del 23 en su crónica de un homenaje local a Goethe organizado por el "Deutsche La Plata Zeitung", dice con acierto: "En segunda pronuncia una disertación sobre 'El sentido fantástico' el Dr. Augusto Bunge..."

Por su parte, "Noticias Gráficas" del 24 destaca el siguiente telegrama sobre la "Influencia de Goethe en el mundo hispano": Weimar, 24. — El profesor García Morente, en representación de don José Ortega y Gasset, describió la influencia que había tenido Goethe en el mundo hispánico. Expresó que el espíritu de ese poeta se evidenciaba en el "Fausto" del argentino Estanislao del Campo. La frecuencia del estilo y la modestia que es el principal carácter de la figura del gauchito, del hombre sobre e inculto de la pampa con sus inflantes bellezas, amores, ilusiones y penas, produce en el lector el mismo sentimiento de grandeza y humanidad.

"Deutsche La Plata Zeitung", calle Corrientes 656. Adelantamos en este número la primera parte de su leído ensayo sobre "La visión de la vida en Goethe".

GOETHE EN LA POESÍA NACIONAL

No es frecuente hallar en los libros de nuestros poetas jóvenes versos referentes a Goethe. Por eso, creamos oportuno destacar los de nuestros compañeros Ezequiel Martínez Estrada y Marcos Victoria. Los primeros pertenecen al libro "Motivos del cielo" y los segundos a "Las Voces".

VENTANAS

La ventana en el muro es una en que juntas se dan, como con las emociones de la higiene y de la perspectiva.

(Y también Goethe es la ventana por la que el hombre que se levanta en la clara mañana, mira en la estalada gema, la campaña romana)

Ezequiel Martínez Estrada.

EJERCICIOS LÍRICOS

Madame Stein y Goethe lejan a (Española). Como si se desposaran, en la "La serenidad (que bella es...)" Y Goethe modelaba los senos de (Cristiana).

Beethoven toca su "Claro de Brando de fuerza y de fe. Goethe comprende. Pero se eleva. (Cetera en una Inevitable, fría tona de rapé).

Goethe me despido del "Fausto". Tiene la culpa Heine, Heine y (su Intermeczo). Marcos Victoria.

DOS FRANCÉS Y NINGÚN ALEMÁN

M. Paul Vatory, cuya visita a los Amigos del Arte estaba anunciada para este año, no vendrá a Buenos Aires por que tiene que dar varias conferencias sobre Goethe en su país. En cambio nos visitará Drien La Rochelle y Francois Mauriac dos escritores franceses. ¿Por qué no un conferenciante alemán? — preguntamos nosotros. — Es el año de Goethe y críticos creadores como Stefan Zweig, Franz Werfel o Alfred Kerr, que dominan el francés como su propia lengua, podrían decirnos muchos cosas muy interesantes sobre Goethe y el genio latino. El Instituto Cultural germano-argentino aun está a tiempo para entenderse con los Amigos del Arte.

EL POLIGLOTA Y SU

El señor Martínez Zuviria, director "faccioso" de la Biblioteca Nacional, hace publicar en serie, como si se tratara de los papeles de un Goethe oriundo, la siguiente noticia: "El fondo de manuscritos se ha aumentado también con una colección de originales y traducciones del poeta argentino D. Francisco de Soto y Calvo. En esta donación figuran traducciones en versos castellanos de los más grandes poetas de todos los idiomas europeos (sic) y de algunos orientales. Soto y Calvo es un famoso poliglota y experto traductor, y esta inmensa labor que constituye ochenta tomos en su mayoría inéditos es un considerable aporte a la obra de cultura que realiza la Biblioteca Nacional." En verdad, el señor Martínez Zuviria es el más digno guardián que dichos mamotretos pueden tener entre nosotros. Pero clama al cielo que el gobierno nacional pague a este "pomple" cinco veces más que al cabo Barrionuevo por salvar tales cosas del fuego justiciero.

EN BOGOTA

Nuestro amigo Sania Cano ha pronunciado, según nos comunica el telegrafo, una conferencia sobre Goethe en Bogotá. Mucho nos habría interesado ofrecer en este número un resumen de dicha conferencia como visión americana de Goethe; pero la última carta de Sania Cano al director de LA VIDA LITERARIA ha puesto cincuenta días en llegar a Buenos Aires, y por vía aérea cuesta aun demasiado caro enviar el texto de una conferencia. Nuestros lectores tendrán, pues, que esperar un par de meses.

"LA NOUVELLE REVUE FRANÇAISE"

El número correspondiente a mes de marzo de esta conocida revista parisiense está dedicado íntegramente a Goethe. He aquí el índice de sus principales artículos:

— René Robert Curtius: Goethe au le classique allemand; Bernard Grothuyssen: La vie de Goethe; Thomas Mann: Liberté et Noblesse; André Gide: Goethe; André Suard: Goethe L'Universel; C. E. Ramuz: Le Sage; Pierre Abraham: Créatures chez Goethe; René Berthelot: Goethe et l'esprit de la Renaissance; Jules de Gaultier: L'universel de Goethe; Jean de Pange: Le démon de Goethe; Jean Prevost: L'ordre en place d'André; Benoit de Rougennot: Le silence de Goethe; Jean Strohl: Goethe savant naturaliste; Raymond Schwab: Faut-il questionner Goethe et le tourment de Pléiade.

Reproducimos en este número el sagaz ensayo de André Gide.

OBRAS COMPLETAS DE NIETZSCHE

El editor español Mario Aguilar anuncia para en breve las Obras Completas de Nietzsche traducidas por vez primera directamente de la edición alemana de Kroner. La versión estará hecha por Eduardo Ovejero y Maury, de la Universidad de Madrid, y comprenderá varios libros inéditos. Constará de nueve volúmenes y el primero de ellos será "El origen de la tragedia".

LENIN Y PUSCHKIN

En 1921 Lenin visita una escuela de niños de Moscú:

— ¿Qué leéis? Leéis a Puschkin? — pregunta a los chicos.

— Oh, no — le responde uno — era un burgués! Nosotros leemos a Mayakowski.

— A mi juicio, Puschkin es mejor — responde Lenin sonriendo.

La anécdota pertenece al libro de Memorias de la Krupnikina, mujer de Lenin, y vale la pena recordarla en el centenario de Goethe, ese otro burgués genia!

R. CANSINOS ASSENS

Varias sociedades culturales de origen setañés han invitado a don Rafael Cansinos Assens a dar una serie de conferencias en Buenos Aires.

SEÑOR

AUTOR

Imprima sus libros en la IMPRENTA LOPEZ

GRANDES TALLERES GRAFICOS

Los valores que nos acreditan se reflejan en la confianza que nos dispensan los principales editores de la República. Gran técnica y buenos elementos hacen que un libro impreso en nuestros talleres lleve un signo de inconfundible superioridad.

CONSULTE NUESTROS PRECIOS PERU 666 - BUENOS AIRES



BECHSTEIN

EL PIANO PREFERIDO POR LOS GRANDES ARTISTAS

CASA IRIBERRI

IRIBERRI, BELLOCO & Cia. FLORIDA 431 BUENOS AIRES

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

Director FRANCISCO CHELLA

Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos. — Enseñanza secundaria y primaria. — Incorporado al Colegio Nacional. — Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las Estaciones de OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y R.)

NUMERO DEL TELEFONO: 90 OLIVOS

BANCO ARGENTINO URUGUAYO

SOCIEDAD ANONIMA ARGENTINA

HEMOS MECANIZADO TODOS NUESTROS SERVICIOS, LLEVÁNDOLOS A UN GRADO DE RAPIDEZ Y EFICIENCIA NO IGUALADO HASTA AHORA

CUENTAS CORRIENTES PERSONALES

Nuestra CUENTA CORRIENTE PERSONAL significa COMODIDAD, AHORRO y SEGURIDAD. El sistema más práctico y seguro para el manejo de fondos.

Abonamos un interés anual de 3%

EN CAJA DE AHORROS

Abonamos de interés anual con capitalización trimestral. 5%

Avenida Roque Sáenz Peña esquina San Martín